

bras este vivo retrato del infernal abismo. En los Pueblos de Matagalpa, Solingalpa, Molaguina, Xinotega, y Muimui, del partido todos de Sevaco, avia echado hondas raizes la hechizeria, y maleficio: o por mejor dezir, se avian mantenido todos aquellos Pueblos en aquellas mas que barbaras costumbres del tiempo del gentilismo: sirviendoles el cultivo de averse hecho Christianos, de que fuesen mas crecidas las espinas de sus maldades atrozes, quanto va de obrar por ignorancia, a pecar por pura malicia. En una cueva, habitacion propria de demonios, que se disimulavan en los Idolos, sacrificavan cada semana ocho personas grandes, y pequeñas, degollandolas, y ofreciendo la vertida sangre a sus infames Idolos. La carne era horroroso pasto de su brutalidad, que la gustavan, como si fuese de corderos tiernos. Tenian pieles de diversos animales, para transformarse en ellos por fuerza de diabolico pacto: y se mezclavan torpemente con los mismos demonios, que se les aparecian en figuras de brutos.

Davales tambien el maligno polvos, piedras, y raizes, para matar, torear, cazar, y

para quanto deseava su torpe apetito. Mostravales una enroscada culebra, y a esta fiera fingida, y demonio verdadero, davan sacrilegas adoraciones. Fingian un Adan, y Eva, que eran dos viejos, hombre, y muger, quienes eran los fautores de todos sus engaños. Este viejo Adan descubrió al V. Fray Antonio todos sus embelecós: y aviendole encontrado falso en descubrir la encantada cueva, que servia a todo el Pueblo de Sinagoga, dió forma para que le deserrassen por toda su vida a un Castillo en compañía de los principales complicés de su engaño. A los demás de los Pueblos les obligó a entregar todos los instrumentos con que exercian sus maleficios: y haziendo penitencias publicas, en que detestavan los diabolicos pactos, se quemavan en las Plazas todas aquellas baratijas del Infierno. En una Lagunilla cercada de un monte espeso plantó tres Cruces, aviendo anatematizado al demonio, por ser aquel sitio, en que dava el enemigo sus mentidos oráculos. Por desagrarivar al Señor de tan ofensivas torpezas, no son dízibles las christianas diligencias, que executó el zeloso Padre. Las lagrimas, que derramavan sus

ojos,

ojos, las exortaciones en los Pulpitos, las diciplinas sangrientas, las fatigas en procurar atajar tantos abusos, fueron tales, que no cabiendo su relacion en este Capitulo, me veo precisado a continuar este assunto en el siguiente.

CAPITULO V.

Destierra otras supersticiones, y bruxerías, y sucedenle cosas muy singulares.

Con los ojos cerrados, y aun ciegos en cierto modo con las lagrimas, que era razon vertiese un corazon catholico, avian de leerse las lineas, que prosigo. Tenian aquellos engañados Indios otro pacto diabolico, en que para conseguir lo que deseavan, les obligava el demonio a lavarse la cabeza donde les pusieron el chrisma: persuadiendoles, que con aquella ceremonia se les borrava el caracter de Christianos, y se les imprimia el de la gran bestia en sus almas: siendo así, que con esta señal indeleble del Bautismo han de estar padeciendo eterna ignominia en los Infiernos los malos Chris-

tianos. En una vasija, que se ocultava debaxo de la tierra, y con tres palmadas, que davan sobre el suelo, se dexava ver, mantenian quatro gusanos blancos, que eran quatro demonios: y los mantenian vivos con ciertas flores de un espinno, que les mudavan cada semana. En el Pueblo de Xinotega se descubrió otra supersticion, no menos abominable, que dañosa. Tenian quatro Indios cada uno dos Cruces de poco mas de quatro dedos de largo, y ancho, la una dezian era para hombre, y la otra poco menor para muger. Estavan hechas de una corteza de arbol, a modo de estopa, muy bien liadas con cordelillos, en tal proporcion, que formavan manos en los remates de los brazos, y en la cabeza, como una carilla pintada: y estas Cruces dezian servirles contra los bruxos. Ponianlas en los caminos, por donde avian de passar estos bruxos, en forma de animales, y encontradas las dos Cruces, al llegar a afrontarse con ellas, se hallavan sin poder dar passo atrás, ni adelante, y con esto los flechavan a toda satisfaccion los contrabuxos. Con esta industria diabolica avian muerto a innumerables personas, como declararon al

L 3

las-

lastimado Padre, que con sus manos consagradas arrojò à las llamas estas Cruces del demonio, que servian de patibulo à tantos infelizes, para baxar precipitados al Infierno.

Los Agoreros, ò Zahoriers con ciertos frixolillos colorados pronosticavan muertes repentinas, partos dichosos, viages, y suceffos por venir: que como sabidos del padre de la mentira, de ordinario parava todo en fabuloso engaño. A los muertos bañavan, y les ponian viatico de comida para el otro mundo: con que hazian tan brutas à sus almas, como lo eran sus cuerpos embrutecidos. Para que el Zahorì les adivinasse lo que le pedian, ayunavan al traspasso, sin probar la carne, ni la sal: absteniense de sus propias mugeres, para que se verificasse, que tambien tiene sus martires el diablo, como escrivia Drexelio. Creian, que sus viejos, despues de muertos, ivan à descansar à un potrero, en donde los visitavan los bruxos; y era assi, que tomava su figura el demonio en el potrero, quando tenia aquellas infelizes almas de los viejos rebentando en la carcel eterna de tormentos. El principal Hechizero de esta maligna

congregacion tenia una Multa de poco mas de quarta, que por lo untada de sangre, se reconocia ser de los inmundos sacrificios, y en ella iba à pasear por todo el mundo, à comerciar en su arte diabolica con los de su facultad: ò embiava à otro de sus compañeros al mismo efecto.

Estas, y otras nefandas execraciones tenian aquella tierra en tinieblas mas horrosas, y palpables, que las de Egipto, gimiendo debaxo del Faraon infernal, que cada dia los iba acabando, y consumiendo. Siendo Sevaco cabeza de muchos Pueblos, se hallò, quando la visitò el V. Padre, con solas seis familias; y le assegurò un Indio anciano, que siendo el mancebo, era dicho Pueblo tan grande, que componia tres Pueblos juntos; y afirmò, que una culebra, que tenia el principal Bruxo, lo avia assolado todo. Lastimado, pues, el compàsivo corazon de Fr. Antonio de tocar con sus manos, y ver con sus mismos ojos tan lastimosa perdicion de almas, redimidas con infinito precio, se opuso como muro fuerte al reparo de la causa de Dios, que iba de caida. No se haze creible, tuviesen aquellos miserables tan-

tanta abominacion, quando gentiles: y para sacarlos de tan confusas tinieblas, se valiò este Elias Evangelico de quantas industrias le sugerìa el zelo de la honra de Dios, que ardia en su pecho. Reducia à pavesas los instrumentos de los hechizos, con demostraciones à la vista de los Indios espantosas. Vezes huvo, que le traxeron tres noches enteras sin folsiego, dando bueltas por los montes con el engaño, de que le descubririan las encantadas cuevas: otra vez passò lo mas ardiente del Sol en campo raso, porque le mostrassen varios instrumentos de maleficio. Hizo informe à la Real Audiencia de Guatemala, que diò christianas providencias, para llevar presos los principales Fautores de tanto daño: conque si no se arrancaron de raiz los abusos, al menos quedaron desnudos los troncos de tan viciotas ramas.

Lo que en esta empresa obrò Fr. Antonio, solo Dios, que cuenta los cabellos de la cabeza de sus Siervos, lo sabe cumplidamente: y lo que hemos llegado à saber, es, que le dava para esto esfuerços sobrenaturales; assi me lo dà à suponer el suceffo siguiente: Estando para salir una mañana

en busca de la cueva encantada de Cuiotepet, se entrò el Corregidor de Sevaco al aposentillo, en que el Padre se avia hospedado, y le encontrò curandose una llaga, que tenia en la planta de un pie, sin otro lenitivo, que un poco de sebo de la candela destilado. Causòle espanto ver el hoyo, que hazia la llaga, en que cabia la cabeza de un dedo pulgar de la mano, moreteados los bordos de la molida sangre. Dixole compàsivo, que porquè no le avia avisado la noche antes, pues podia averle curado con un poco de vino, y romero: y aun entonces, si gustava, se le podian aplicar otros remedios prompts, y caferos; à que respondiò el Padre Fr. Antonio con semblante risueño: No es menester, que Dios, Dios; y sin mas explicarse, tomando del suelo, en que estava sentado una piedrezuela esquinada, se la entrò en el hueco del pie (que al verlo, dize el Corregidor, le cruxieron los huesos) y se ligò la llaga con una correa de cuero crudo. Esto, que permitiò el Señor se supiesse, dà margen para discurrir, què mortificaciones toleraria en las montañas, quando solo Dios, que era su refugio, fue el que

registrava sus heroycos hechos? Levantòse, hecha esta diligencia, y tomando el baculo, se entrò por el camino pantanoso: y por entre peñascos, y espinas anduvo todo el dia con tal ligereza, que en buenas mulas no podia el Corregidor, y su comitiva darle alcance. Aguila parecia entre aquellas malezas, y à la noche predicò largo tiempo, tomando el mismo trabajo por descanto. Preguntòle el Cavallero que le acompañava al otro dia, como se hallava de la herida? y le dixo, se avia clavado una aguda espina de cornezuelo (que ay muchas, y grandes en aquel país) pero que yà estava sano. Nunca mas le vi el pie (dize el referido) ni le sentì movimiento de quien padecia dolor, de que quedè no solo confuso, mas cò mucha razon admirado.

Aun es mas notable lo que el mismo Corregidor refiere, que expresarè casi con sus mismas razones. En busca de los instrumentos de maleficios, que iba descubriendo el V. Padre, saliò con dicho Cavallero del Pueblo de Xicotèga à las quatro de la mañana, y anduvieron por montes, y barrancas con solo el corto desayuno de un poco de chocolate hasta las dos de la tarde.

Dispuso el Corregidor, tomàsen à la sombra de un arbol un refresco, haziendo mas comodo el lugar un riachuelo contiguo. Adelantò un Criado, que aviasse à Fr. Antonio, se detuviesse en aquel sitio, porque con ir à pie, no igualavan los de acavallo sus presurosos passos. Despues de aver tomado proporcionado alimento, se recostò el V. Padre à reposar un breve rato. Puestos en pie, llevado el Corregidor de una devota ternura, mandò labrar una Cruz, y que la colocassen en aquel mismo sitio donde el Siervo de Dios estuvo reclinado. Tomò, para formarìa, un Criado libre el machete, y al destrozor una rama, se trozò el dedo indice de la mano siniestra, quedando pendiente todo el dedo de solo el cutis. Llamò el Corregidor al Padre Fr. Antonio, para que viesse aquella lastima: y èste, sin conturbarse, tomò en sus manos el dedo, y se lo juntò, exprimiendo la sangre, que le bañò por su abundancia ambas manos, y le dixo: No se asija, que no es nada, que Dios, Dios; y le pidió unos polvos de su caxuela, que no se atreviò à echarse los, segun estava conturbado.

Entonces el caritativo Pa-

Padre, teniendole asido el dedo con la mano izquierda, cogiò con la otra los polvos, y los aplicò à la cisura, bendizendolos: y el Corregidor le ligò con un pañuelo de polvos, en tanto que llegavan à poblado, para aplicar remedios mas efectivos. Mientras esto hazia, yà el V. Padre iba caminando muy distante de la comitiva: pusieronse todos à cavallo, y aviendo andado como dos quadras, se apartò el Mozo herido debaxo de un arbol, y llamando à su Amo, le dixo: Tome Señor su pañuelo, que yà el dedo està sano; viòlo, y no avia señal de tal herida: y encargandole el secreto, possèido su corazon de una admiracion estraña, aguijò el passo en su mula, para alcançar al Siervo de Dios; y en una cieneguilla con el dedo à media pierna alcancè (dize) al P. Fray Antonio, y le dixe al oido: Yà sanò aquel enfermo; y levantando los ojos al Cielo, me dixo: Dios, Dios; y se passò adelante como un viento, y nunca le bolvi à hablar en el caso. Esto por todas sus circunstancias, digo yo aora, parece mas allà de lo que puede alcançar con solas sus fuerças la naturaleza. Los hombres doctos, y timoratos le daràn la calificacion, que se-

gun lo decretado por nuestra Santa Madre la Iglesia mereciere: que à mi, arreglado en todo, y por todo à los Decretos Pontificios, solo me incumba referir con toda ingenuidad lo que por verdaderos conductos llegare à mi noticia, con el fin de que solo Dios sea alabado en su Siervo: pues solo Dios, como dezia David, es el que haze las grandes maravillas: y sin milagros, con mucha caridad puede qualquiera ser en los ojos Divinos un gran Santo.

CAPITULO VI.

La permanencia del fruto de su predicacion, con otros casos dignos de memoria.

Succediendo en el officio de la predicacion à los Sagrados Apostoles los Varones verdaderamente Apostolicos, cumpliese en ellos lo que dixo el mismo Christo à sus Discipulos, segun testifica el Evangelista S. Juan: que los avia escogido, para que fuesen à coger fruto por el mundo, y que su fruto fuese permanente. Uno de los especiales favores de Dios, que ex-

perimentò el Apostolico, y V. Padre Juan Ceròn (de quien yà otra vez tengo hecha mencion) quando despues de tiempo iba à misionar à los Lugares donde avia predicado Fr. Antonio, fue la duracion, y perseverancia del fruto de sus Misiones: por lo qual solia dezir, que se practicava, y cumplia en èl lo que nuestra Vida Christo dixo à sus Discipulos en este assumpto. Y de esto (dize un insigne Maestro de la Sagrada Compañia de Jesus) puedo ser yo buen testigo, pues aviendo ido à hazer Misiones à la Provincia de Nicaragua años despues, que las avia hecho el Padre Fray Antonio, hallè en muchas cosas, y personas tan permanente el fruto de su Mision, que me diò abundante materia, no menos para confundirme, que para admirarme. Pero lo mas maravilloso en esta materia (prosigue por su escrito el citado) es lo que experimentò otro Sacerdote Misionero, à quien tuve siempre, y le tuvieron todos por hombre de alta contemplacion, austerissima penitencia, è infatigable zelo de la salud de las almas.

Este, pues, aviendo hecho Misiones en muchos Pueblos de los que avian evange-

lizado Fr. Melchor, y Fr. Antonio, hallò muchos Indios que años antes tenian hecho pacto, y comunicacion con aquella especie de demonios, que en otras partes llaman familiares, y ellos llamavan Armas, porque los tenian ligados à piedras, palos, cuchillos, y otras cosas materiales, y de ellos se valian, yà para saciar sus apetitos, yà para executar daños en otros. Los que de èstos se convirtieron por la predicacion de Fr. Melchor, y Fr. Antonio, apartandose del trato, y comunicacion con los demonios, afirmavan despues à dicho Misionero, que en todo el tiempo que avia pasado de su conversion (y no era poco) frequentemente se les hazian presentes los demonios, rogandoles, è instandoles con mil ternuras, y cariños, à que bolviessen à los antiguos deleytes, libertad, y soltura, y no correspondiessen tan mal à su amor, y fidelidad, pues veian, que aun despues de despreciados, no desistian de solicitar su amistad; y no obstante esto, afirmavan los Indios, que se avian mantenido firmes en su proposito, acordandose de lo que el Padre Fray Antonio les avia dicho, y de la palabra que le avian dado. En lo qual no

es

es facil decidir qual es mas admirable, convertir con sus oraciones, y predicacion hechizeros, que tenian familiar trato con los demonios, gente entre todos los pecadores la mas obstinada, impia, y desalmada, y por el tanto la mas aborrecida aun de los mismos Mahometanos, Judios, y Gentiles, en quienes reside alguna especie de humanidad, ò el que despues de convertidos hombres tan perversos, se mantuviessen constantes, resistiendo firmes à las frequentes instancias de los demonios, y al embite de los deleytes, y gustos, à que es tan propensa la naturaleza, y que ellos antes avian experimentado: y esto sin tener presente al Apostolico Misionero que los convirtiò, para que los alentasse, sino con sola la memoria de su predicacion. Esto fue especialissima gracia, y favor concedido de Dios à la predicacion de Fray Antonio, à sus ardientes oraciones, continuas fatigas, caritativo zelo, y profunda humildad. Así concluye su narracion aquella bien cortada pluma.

Tomando aora el hilo de la historia, para ajustar algunas cosas conducentes al bien de aquellas almas, se ha-

llava el Siervo de Dios à veinte y dos de Junio del mismo año de mil setecientos y tres en la Ciudad de Granada: y dexandolas en buen cobro, fue continuando sus especiosos passos à evangelizar la paz de Dios en otros Pueblos. Cerca de Realexo, que dista doze leguas de Leon de Nicaragua, acaciò por este tiempo hallarte de buelta del Reyno del Perú D. Bartholomè de Arana, muy conocido oy por sus honrados procederes en la Ciudad de Mexico: y aviendole acometido unas recias calenturas, se viò precisado à hazer mansion en una choza de un Indio, acrecentando su achaque lo muy caliente de la tierra. Tres dias, q̄ alli estuvo, no encontrò quien le aplicasse alguna medicina: pero lo q̄ mas angustiava su christiano corazon era, hallarse muy distantes los Confesores; por lo qual, sediento del agua viva del Santo Sacramento de la Penitencia, resolviò salir otro dia, aunque tan quebrantado, à buscar en la primera poblacion con quien confesarse. Estando en esta determinacion, entrò en su choza un Religioso Franciscano con el Abito del Sayal, que usan los Apostolicos en estos Reynos, y le dixo: „ Por

„ ter-

„tercias, y quartanas no do-
„blan campanas: pero si do-
„blan, doblan. Y con esto le
echò los brazos al cuello con
mucho amor, alentandolo à
que no sería su mal cosa de
cuidado. Viendo, pues, el en-
fermo estas cariñosas demof-
traciones, le preguntò, quièn
era? (puesto que por entonces
no lo avia otra vez visto, aun-
que si oido su nombre.) Dixo-
le, era el Padre Margil, que à
la tarde avia de proseguir su
camino. Pues, Padre, como ha
de ser esto, replicò el doliente,
si me quiero confessar? Si esto
es así, respondió Fr. Antonio,
me estarè aqui hasta el dia del
Juizio, si fuera menester; dis-
pongase, y esta tarde lo con-
fessarè.

Bolvió puntualmente à
la hora concertada, y el enfer-
mo le dixo: Si me traxera un
poco de agua fria, para refri-
gerarme, que me estoy abra-
sando! No le dè cuidado,
(respondió) aguarde un po-
quito; y saliendo fuera, bolvió
à breve rato con un jarro de
Guadalaxara lleno de agua
tan frio, como si fuera de nie-
ve: tomòla en las manos el
doliente sediento, y no dava
credito à lo que le hazian cier-
to los sentidos, temiendo, no
le dañasse tanta frialdad, por

no aver comido en tres dias:
quiso tomar unos bocados del
bizcocho, que aun tenia del
Perù, y no pudo passarlos:
alentòle el Padre à que sin re-
zelo bevièssè, que no le haria
mal, y así lo hizo: quedando
tan refrigerado en lo exterior,
como interiormente consola-
do: conque pudo confessarse
à toda su satisfaccion, y antes
de la noche se le despidió su
Medico, dexandole lleno de
consuelos, y admiraciones.
Ocurrid al sediento, llevando-
le agua, los que habitais en la
tierra del Austro, dezia por
Isaias el Señor al capitulo ve-
inte y uno; y esto parece aver
executado en aquella parte
austral de Nicaragua el Sier-
vo de Dios, llevando agua al
sediento, y tan fria, que solo
pudo en la ocasion ser agua de
milagro: mas què no hará el
Señor, por desempeñar à un
Siervo suyo, si lo entra en tales
empeños una caridad verda-
dera?

Esta traia à Fr. Antonio
como exhalacion ardiente, y lu-
zida de tierra en tierra, de
Lugar en Lugar, y apenas avia
remediado la sed de unas al-
mas en una parte, partia para
otra, repartiendo el pan de la
doctrina à los pequenuelos,
por acallar las quejas del Pro-
fe-

feta: y siendo estos parvulos
mas necesitados los que habi-
tan en las estancias de gana-
dos, quando à la mañana si-
guiente del caso referido pas-
lava Don Bartholomè para
Guatemala, encontró al Padre
Fr. Antonio predicando à los
Baqueros, que le escuchavan
en aquellos desiertos con as-
fombro. Estos miserables, que
de continuo viven en los cam-
pos, ni saben, ni entienden los
Mandamientos de Dios, ni de
la Iglesia: ignoran las condi-
ciones necesarias para la dig-
na recepcion de los Sacramen-
tos, y ciegos de lo que deven
creer, y obrar, viven como bru-
tos, y à millares se precipitan
al Infierno, si no les viene por
medio de una Mision el reme-
dio. Por esto eran los afanes
del zeloso Fr. Antonio mas ac-
tivos en lugares remotos: y pa-
ra referir por menudo lo que
entre estas gentes desechadas
obrò su compasivo corazon,
era necesario averle seguido
los passos con la pluma en la
mano, que dudo pudiera co-
piar en el papel, lo que aquel
Varon Apostolico executava
en obras. Contentemonos con
dezir algo, pues no se puede
abarcar todo: y persuadamo-
nos, que en empreffas grandes,
tambien se coronan los de-

seos.

Aunque lo que voy à refe-
rir, parece aver acaecido años
antes, no será fuera de proposi-
to colocarlo en este capitulo,
pues fue fruto del zelo de Fr.
Antonio. Predicando en uno
de los Pueblos del Obispado
de Guatemala un Sermon de
la Divina Misericordia, al ba-
xar del Pulpito, ò sea descu-
briendole lo que tenia en su
corazon à uno de sus oyentes:
ò confessando de plano el mis-
mo doliente su yerro, llegó à
descubrirse tener este misera-
ble pacto explicito con el de-
monio, firmandole con cedula
ser su vilisimo esclavo: exor-
tòle à que borrasse sus horri-
bles culpas con amargo llanto,
y las confessasse arrepentido:
hizolo así el hombre yà des-
engañado, prestandole alien-
tos, para respirar de opresion
tan dura, la confiança en la Di-
vina Misericordia; quedò con
la entera confesion la conci-
encia quieta: mas no bastavan
las palabras del fiel Ministro à
desterrar las sombras de temo-
res de aquel corazon afligido,
haziendo doloroso recuerdo
de aver firmado cedula, en que
se declarava esclavo del demonio:
deziale el caritativo
Confessor: Yà essa cedula, co-
mo